

MAY R.
AYAMONTE

El latido
de las mariposas

Prólogo

Miguel Ruiz era un hombre al que la suerte le sonreía, casi como si tuviera la vida garantizada más allá de la tierra. Observó la fachada amarilla de la vivienda unifamiliar en Cumbrés Verdes que estaba a punto de vender. El precio estaba por debajo de mercado, así que era una operación asegurada. El banco había adquirido la casa en 2024, después de una ejecución hipotecaria. Desde entonces, Miguel había estado ansioso por poder sacarla a la venta.

Al intentar introducir la llave en la cerradura de la verja delantera, se dio cuenta de que estaba forzada. Extrañado, cruzó el pequeño jardín en el que la hierba ya estaba amarillenta.

El sudor comenzó a bajarle por el cuello, perlándole la piel. Maldijo las altas temperaturas de principios de julio. ¿Quién podía vivir en Granada durante el verano? Resopló. Aún quedaban dos semanas para sus vacaciones.

La puerta de entrada de la vivienda estaba entornada. Empezó a asustarse de verdad. Empujó con suavidad y estudió el salón. Las persianas levantadas dejaban pasar el sol, que bañaba el suelo hasta las escaleras. Era temprano, pero el calor comenzaba a subir por los muros de manera asfixiante. Siguiendo su ritual, abrió todas las ventanas. Olía raro. Sacó el ambientador

que llevaba en el maletín y dejó que la fragancia inundara el ambiente. Habían limpiado la casa hacía un mes, pero ya se podían ver manchas en el suelo. Suspiró y recorrió la planta baja antes de subir las escaleras.

¿Por qué olía tan mal? Era un hedor que ganaba fuerza conforme se acercaba a la segunda planta. Sintió náuseas y contrajo las ganas de vomitar sin entender qué ocurría. Subió rápidamente las persianas de la ventana del pasillo y, cuando la luz iluminó la estancia, miró a su alrededor. Había tres puertas abiertas y una cerrada. El olor debía de provenir de la habitación cerrada.

Titubeó ante el tirador. El olor era tan repugnante que agradecía no haber desayunado más que un café y un cigarro. Pero no podía esperar más. Debía arreglar aquello antes de que llegaran los clientes. Abrió la puerta y todo fue muy rápido. Miguel se quedó paralizado ante la oleada de aleteos que coloreaban su vista en distintos tonos de púrpura y marrón. Dio un paso atrás; las mariposas parecían liberarse en la habitación desde sus propias manos. Fue un espectáculo divino, digno de alguien que creía llevar la suerte en el bolsillo. Las mariposas danzaban dentro de la habitación, chocaban contra Miguel y se abrían paso por el pasillo.

Durante unos segundos, Miguel solo vio mariposas volar, como en un sueño. Se quedó embobado observando cómo movían sus alas con elegancia; parecían desprender un polvo invisible que lo transportaba a los cuentos de hadas. Eran decenas de mariposas, quizá cientos.

Cuando las mariposas terminaron de salir, se hizo un silencio helado que le caló hasta los huesos. Bajó la mirada hacia el suelo de la habitación y contempló el espacio vacío, excepto por unas cuantas mariposas muertas. Ya no eran solo moradas, marrones y blancas, tenían también unas manchas

de color carmesí. Giró la cabeza hacia la derecha y lo que vio le hizo proferir un grito que parecía pedir plaza libre en el mismo Infierno. Se llevó las manos a la boca, sintió la bilis subiéndole por la garganta y se dobló sobre sí mismo para vomitarse sobre los pies. Instintivamente, caminó hacia atrás hasta chocar con el marco de la puerta.

A la derecha, un hombre estaba suspendido en el aire, con el torso desnudo, anclado a la pared por algo que le atravesaba los hombros. La sangre, que descendía en sendos regueros desde las heridas, completaba el macabro espectáculo. El hombre tenía la boca abierta en *rigor mortis*, pero su expresión era relajada. Una mariposa muerta descansaba en su lengua, como si hubiese querido refugiarse ahí. Miguel no pudo evitar alzar la mirada. Buscó los ojos del hombre, que le parecieron demasiado redondos y descompensados para su rostro, como si fueran fotografías pegadas sobre los párpados. Se fijó mejor y se dio cuenta, con horror, de que eran alas de mariposa. De una mariposa enorme cuyas alas dibujaban unos ojos de búho.

Capítulo 1

Barea atravesó el rellano de la Casa Trujillo y observó con añoranza la escalera de caracol que se deshacía en una espiral casi infinita y culminaba en una cúpula estrellada que la remontaba a sus orígenes. La luz se filtraba al ascender, peldaño a peldaño, iluminándolo todo. En Ceuta, la luminosidad era diferente a la de Granada debido a su situación geográfica. Barea siempre se había preguntado si todo se habría solucionado si hubiera decidido mudarse con Lucas a su tierra; en lugar de volver a Granada, comenzar una nueva vida en el norte de África junto con su exmarido. Ya no había marcha atrás. Aunque las pastas morunas que había comprado para desayunar eran un ofrecimiento a Lucas, nada parecía poder arreglar lo que se había roto entre ellos.

Entró en el piso con una sonrisa. Las vistas al mar eran indescriptibles; parecía poder tocar la península con la punta de los dedos. Dejó las pastas en la mesa y escuchó el agua correr en el baño. Entró y se acercó a la ducha. Lucas descorrió la cortina; sus ojos color miel la observaron con detenimiento.

—Creo que es mejor que vayas a ver a tu madre, Barea —susurró mientras cortaba el agua.

—Había pensado que podíamos salir a dar un paseo. Ya sabes que me encanta Ceuta; tengo muy buenos recuerdos aquí

contigo —respondió Barea mientras se pasaba los dedos por el pelo oscuro largo y rizado para intentar adecentarlo.

—Cariño, ya hemos hablado de esto. Nos lo pasamos muy bien, pero no debemos ir más allá. Además, te vas mañana. Esta noche vuelves a dormir aquí, ¿no? Cierro el bar a las once y media.

El tono de voz grave de Lucas dejaba clara su incomodidad. Barea lo conocía mejor que nadie. Después de doce años y medio juntos —aunque llevaran cuatro separados—, ninguna otra persona lo conocía como ella. Lucas era un hombre que rehuía las discusiones y situaciones complicadas. Barea, cuyo carácter era todo lo contrario, siempre había sido su equilibrio. Pero ella solo peleaba cuando la batalla no estaba perdida. Y con Lucas, tristemente, no había nada que rescatar.

—Está bien, tienes razón. Discúlpame, a veces siento que vivo en el pasado en vez de en la realidad, y hemos hablado de esto muchas veces. Lo siento de verdad. Tengo que parar. Te he dejado unas pastas en el salón para que desayunes.

No escuchó la respuesta de Lucas porque ya había cerrado la puerta del baño y entrado en el sofocante dormitorio, donde durante cuatro años había creado recuerdos distintos a los que compartieron en el pasado. Recogió sus pertenencias, las metió en la mochila y salió corriendo del piso, avergonzada de sí misma. ¿Cómo podía seguir presionándolo? Las cosas estaban claras entre ellos, aunque ella no lo aceptara. Tal vez era hora de hacerlo.

Se mezcló entre los ceutíes que caminaban por el paseo de la Marina Española. Apartó con rabia las lágrimas que acudieron a sus ojos. Quien tomaba la decisión, ganaba; lo sabía bien. Hacía años había sido ella quien dejó a otra expareja. Pensaba en Lucas mientras el viento le golpeaba la cara y el olor a café le llenaba las fosas nasales. Cuatro años separados.

Tres años viéndose cada pocos meses, compartiendo mucha cama y pocas intimidades. ¿Qué estaba haciendo? No podía avanzar porque él seguía ahí. Cuando lo veía, deseaba volver a la vida que habían tenido. Lucas era quien lo tenía claro. Si no había funcionado, jamás lo haría. Sin embargo, siempre le insistía en que era como su familia. No podía dejarla ir, igual que Barea era incapaz de soltarlo.

Alzó la mirada hacia el Monte Hacho al adentrarse en la calle que conducía a la casa de su madre. Debía dejar de pensar en Lucas. Lo vería esa noche, tendrían el mejor sexo de sus vidas y, al día siguiente, volvería a ser la inspectora de la Sección de Homicidios de Granada. Lucas y sus malditos recuerdos se quedarían allí, en Ceuta.

La silueta del Monte Hacho era una de las más emblemáticas de la ciudad. Se alzaba como un faro verde sobre el mar, observando a los ceutíes, visible desde casi cualquier punto de la ciudad autónoma. A medida que las calles se estrechaban, Barea divisó la casa de su madre en la lejanía. La humedad ya le empapaba la camiseta. A principios de julio y con la ola de calor encima, Ceuta parecía una olla a presión.

Se detuvo por fin ante la diminuta casa de su madre. La cuesta la había dejado sin aliento, y la carretera continuaba ascendiendo hacia las faldas del Monte Hacho. La casa miraba hacia Ceuta, pero al encontrarse a baja altura, apenas se veían más que tejados y edificios. No había elegido mudarse allí por gusto, sino porque era la casa que había heredado. Cuando el padre de Barea falleció, siete años atrás, debido a una fibrilación ventricular, decidió vender el piso de Granada donde Barea y su hermano se habían criado y volver a su tierra, Ceuta.

Barea observó la fachada, con grietas donde la pintura se desconchaba. Parecía una casa vieja de pueblo. Su madre nun-

ca había querido invertir dinero en ella; y, aunque ahora vivía allí, seguía sin querer hacerlo.

Llamó al timbre y aguardó. Prefería avisarla, por si tenía visita. Negó con la cabeza, su madre seguía sin superar la muerte de su padre. Barea temía que se quedara sola el resto de sus días. No por romanticismo, sino porque a menudo no tenía compañía.

—Ay, niña, vienes empapada —observó su madre nada más abrir.

Sus ojos marrones, como la corteza de los árboles, la recorrieron de arriba abajo. A Barea le gustaba mirarla porque en ella se veía a sí misma. Era un calco de la mujer que la había parido.

—Mamá, ¿es posible que me hagas un café? Necesito algo que me espabile —le pidió, entrando detrás de ella.

Margarita aceptó, a cambio de que Barea se diera una ducha. Mientras ella iba a la cocina, Barea subió a la segunda planta, dejó su mochila abierta sobre la cama y sus pertenencias se esparcieron. Miró el teléfono; tenía diez mensajes de la subinspectora Lorena González. Estaba de descanso, así que no iba a leerlos.

Se metió en la ducha y dejó que el agua arrastrara el olor de Lucas. El desagüe también se llevó la pena y el sentimiento de pérdida que la abrumaban cada vez que se separaba de él. Al terminar, bajó las escaleras envuelta en el aroma del café recién hecho. Su madre había tostado también algo de pan.

—Gracias, mamá, necesitaba un rato así contigo —dijo con una sonrisa, sintiendo el agua resbalarle aún por la espalda.

—Quizá tienes que dejar de verlo, ¿no crees? —Barea respondió con una mueca y su madre continuó—: Te conozco, hija. Sé que estás destrozada, como cada vez que lo ves. Déjalo, haz tu vida en Granada.

—Pero si yo hago mi vida, mamá. Joder... Intentamos ser padres durante cinco años. Me acompañó en cada fase de la puta enfermedad, incluso en la operación el año pasado sin estar ya juntos. Es el amor de mi vida, no me jodas.

Margarita desvió la mirada hacia la fotografía que descansaba en la repisa de la ventana. Su padre y Alto sonreían abrazados. Alto, el hermano mayor de Barea, era su ancla. Últimamente no pasaban una buena racha, pero estaba segura de que conseguiría recomponer la relación que solían tener antes del diagnóstico.

—Bueno, cuéntame qué te apetece hacer hoy. Ya sabes que, desde que estoy jubilada, tengo todo el tiempo del mundo.

Margarita era maestra, de esas vocacionales que cambiaban la vida de sus alumnos. Su padre, Juan, también lo había sido. Era curioso que Barea hubiera optado por ser policía nacional, sobre todo cuando su hermano, profesor de biología en secundaria, sí había seguido la estela familiar.

—Había pensado dar un paseo por el Parque Marítimo del Mediterráneo y darnos un baño en la piscina. ¿Te apuntas? Después podemos comer en el bar de Lucas y... —ante la mirada reprobatoria de su madre rectificó— o comer allí en el parque, vaya. Da igual.

Desayunaron mientras disfrutaban de la conversación. Barea veía bien a su madre en Ceuta; sin duda, mejor que en Granada. Siempre había anhelado volver a sus raíces. Había reconectado con sus amigas de la infancia, con sus primas y con los recuerdos que guardaba. No resultó difícil. Durante años, la familia había veraneado allí. Cuando Barea y Alto terminaban el curso en la escuela o el instituto, la familia se trasladaba dos meses a Ceuta. Al final del verano, su madre volvía a Granada de mala gana, pero lo bastante satisfecha como para resistir diez meses antes de regresar a la ciudad autónoma.

El teléfono móvil de Barea empezó a sonar desde la planta superior. La guitarra de Paco de Lucía se filtraba por el techo. Su madre, molesta, le pidió que lo cogiera. Barea le restó importancia y siguió recogiendo la mesa con ella. Pero volvió a sonar. Una y otra vez. *Entre dos aguas* sonaba en bucle, deteniéndose siempre en la misma estrofa.

—Voy, mamá. Debe de ser algo importante si no paran de llamar.

Barea subió corriendo. Al llegar al dormitorio, el móvil sonaba de nuevo. Frunció el ceño. Estaba de vacaciones. Solo dos días. ¿No podían esperar? Y no era Lorena González.

—¿Curro? —respondió. López, el otro inspector de homicidios de Granada.

—¿*Dónde carajo te has metido, Barea? Lleva Lorena escribiéndote desde hace una puta hora. ¿Para qué coño existen los teléfonos móviles si no los llevas encima?* —exclamó Curro al otro lado de la línea. La mala hostia le venía de fábrica; Barea se había acostumbrado después de dos años trabajando con él. En el fondo tenía buen corazón, a pesar de su mal carácter.

—Estoy en Ceuta visitando a mi madre. Aunque eso a ti no te importa. Me cogí dos días. Vuelvo mañana —respondió también mordaz. No estaba de humor para que la presionaran después del día que llevaba.

—¿*Ceuta? Estupendo. Álamo, ve sacando el billete de helicóptero para la inspectora Barea. ¿Cuándo? ¡Ahora, coño! El primero que haya.* —Curro le ladraba a un oficial.

—¿Qué está pasando, Curro? ¿Qué pasa? No estoy entendiendo nada —demandó Barea mientras empezaba a taconear con un pie en el suelo de gres.

—*Te necesitamos en Granada. Un nuevo caso, para ti. Y antes de que preguntes. No, no me sale de los cojones cogerlo. Ya tengo suficiente con lo de la puta marihuana. Ahora mueve tu culo y vente a*

Granada. Te mando un coche al aeropuerto de Málaga; ahí está el helipuerto, ¿no?

Algo muy grave había pasado.

—Sí... aterrizaré en Málaga. ¿Qué ha pasado?

—*Ha aparecido un cadáver en una casa en el quinto coño, rodeado de mariposas y colgado de la pared.*

Capítulo 2

Cruzar el Estrecho de Gibraltar en el helicóptero siempre hacía sentir a Barea vulnerable. Como si el ser humano tuviese control sobre la fuerza desmedida de un mar bravo que, bajo sus pies, reclamaba su cuerpo para después dejarla caer en picado. No se acostumbraba a mirar por la ventana y verse tan cerca y tan lejos del agua a la vez. Tampoco a contemplar cómo Ceuta se hacía cada vez más pequeña, quedándose en la lejanía como un punto que terminaba por desvanecerse. Al menos allí, también se hacían invisibles sus recuerdos con Lucas.

Barea se aferraba al cinturón cruzado que la mantenía bien sujeta al asiento. No le gustaba la sensación de estar suspendida en el aire a tan poca altura. ¿Cómo era posible que las otras diez personas que la acompañaban, hacinadas en esa pequeña cabina, estuvieran tan tranquilas? Además, el ruido era insoportable. Las hélices del helicóptero arrasaban con sus oídos, incluso a pesar de haber pedido unos cascos que cancelaban gran parte del estruendo.

Para llegar a Ceuta o volver a Málaga, el viaje más rápido era en helicóptero. Había bastantes servicios al día, y los ceutíes estaban más que acostumbrados a ese medio de transporte. El trayecto duraba apenas treinta minutos, aunque para

Barea se convertía en más de cinco horas de tortura. Mantenía los ojos cerrados e intentaba pensar en cualquier cosa que no fuera ese sonido aterrador que se deshacía y reverberaba dentro de la cabina. Nadie habría dicho que se dedicaba a cazar asesinos. Claro que, desde su diagnóstico y su operación, muchas cosas habían cambiado en ella. De pronto se aferraba más que nunca al sentido de la vida y evitaba todo aquello que pudiera parecer un peligro potencial.

Cuando por fin tocó tierra, se le erizó el vello de los brazos y tomó una bocanada de aire. Otro día más que sobrevivía al maldito helicóptero que la llevaba directa a los brazos de su exmarido. No pensaba volver a Ceuta en un tiempo; no al menos mientras la situación entre ellos no cambiara. Diferentes circunstancias los habían separado. Cinco años intentando ser padres mediante tratamientos de fertilidad asistida; el desgaste de intentar evitar que su enfermedad congénita se heredara mediante selección genética; Lucas queriendo abandonar Madrid para volver a Ceuta mientras Barea anhelaba volver a Granada... Al final, después de doce años y medio, fue Lucas quien tomó la valiente decisión. Aunque estaba claro que ninguno de los dos había terminado de aceptarlo.

Mientras recorría la terminal del aeropuerto de Málaga, con su pequeña mochila a la espalda, intentó apartar los pensamientos sobre Lucas. Una idea más urgente empezó a abrirse paso en su mente. Un asesinato en Granada. Barea pertenecía a la Policía Judicial desde el inicio de su carrera en la Policía Nacional. Después de estudiar Criminología y un máster especializado en ciencias forenses, decidió oponer para la escala ejecutiva. En realidad, no tenía otra opción si quería trabajar en homicidios. Y era algo que había tenido claro desde que empezó la carrera universitaria. Barea solo se veía investigando crímenes, como en todas esas series de mala

muerte donde un policía borracho perseguía a psicópatas. Y lo había conseguido. Tras cuatro años de estudios, entró directa por la escala ejecutiva como inspectora. Después de su formación de dos años en Ávila, se incorporó a la unidad de homicidios, como deseaba.

Su trabajo no era exactamente lo que había soñado, aunque le gustaba. Cuando terminaba una investigación, todo cobraba sentido. Pero nada la había preparado para esos casos que encallaban. Demasiadas víctimas sin encontrar; demasiadas familias buscando respuestas imposibles.

Divisó a lo lejos un coche patrulla y, junto a él, al oficial Daniel Álamo con los brazos cruzados. Ella nunca sería como Álamo, que soñaba con ser subinspector de homicidios, aunque bien podría trabajar en cualquier otra sección de la nacional que no fuera la judicial. Barea era policía porque existían pocos caminos para investigar asesinatos. Sabía que su misión en la vida era encerrar asesinos y encontrar respuestas. Por eso nadie en el trabajo conocía su diagnóstico, y mucho menos la operación a la que se había sometido un año atrás. Si la descubrieran, todo se acabaría para ella.

—Jefa, buenas tardes —la saludó Álamo con un gesto un tanto indiferente.

—No sé si son buenas. Con el día que llevo, esto era lo que me faltaba. Joder —maldijo Barea antes de dejar su mochila en los asientos traseros y sentarse en el del copiloto.

Salieron del aeropuerto de Málaga a toda prisa. Barea se dio cuenta de que debían llegar cuanto antes a la escena del crimen. Álamo también parecía preocupado, como si le costara hablar sobre lo que había ocurrido en Granada. Un silencio pegajoso se instaló entre ellos, y la voz de Barea solo rumiaba en su cabeza. Necesitaba respuestas; ponerse a trabajar de inmediato.

—Álamo, ¿qué ha pasado? Me he subido al helicóptero porque Curro me ha sacado de mi día libre... Me imagino que algo feo feo, ¿no?

Su compañero pareció dudar, como si la respuesta se ahogara en su boca.

—Inspectora, aún no he estado en la escena del crimen. Pero me han puesto al día para que se lo cuente. No traigo nada porque vamos directos a Cumbres Verdes para que lo vea con sus propios ojos.

Dejaban ya la ciudad de Málaga a sus espaldas cuando Barea escuchó el nombre de Cumbres Verdes. Había estado allí varias veces; sus padres la llevaban a esa zona de pequeña. Sabía que era una urbanización que pertenecía al municipio de La Zubia. Y que estaba repleta de chalés y casas que en su momento habían pertenecido a una expansión inmobiliaria para la clase media.

—¿Qué ha pasado, Álamo? —insistió, sintiendo cómo la carretera ya empezaba a serpentear.

—Recibimos esta mañana una llamada. Un hombre que trabaja en una inmobiliaria de estas de bancos iba a preparar una vivienda para enseñarla... se ha encontrado un cadáver. Repetía que había sangre, mariposas y un hombre clavado a una pared.

La voz de Álamo parecía sacada de una locución de radio, como si lo que contaba formara parte de la ficción y no de la realidad.

Barea se tomó unos segundos para digerir la información. Un hombre colgado en una pared. Muerto. Y mariposas. ¿En qué momento entraban las mariposas en juego? ¿Se refería el testigo a que el asesino había dejado mariposas en la escena del crimen? Esperaba que no fuera así. Una escena tan preparada la haría enfrentarse a un asesino complicado. Última-

mente todo lo que le había entrado en el trabajo eran ajustes de cuentas, homicidios imprudentes o muertes fruto de un arrebato de ira. Sabía que Curro estaba precisamente con unos ajustes de cuentas relacionados con el tema de la marihuana.

—¿Qué sabemos nosotros, Álamo? ¿Qué te ha dicho Curro antes de mandarte a Málaga a buscarme?

¡Por Dios, que le diera información útil de manera ordenada!

—Es un hombre. Parece que ha sido asesinado. Sobre todo por eso de que está sujeto a la pared y suspendido en el aire. Hay una escenografía bastante clara. Me dijo Curro que sí, que hay muchas mariposas en la escena. Y, sobre todo, que es una escena montada, lo cual ya sabes que es muy preocupante. No sé nada más. Cuando lleguemos podrán contarte los detalles porque la científica lleva ya unas horas desplegada. La llamada entró a las nueve y media; te llamó una hora después, en cuanto se personó allí y vio el percal.

Barea hizo más preguntas para las que tampoco parecía haber respuestas. Era normal, Álamo ni siquiera había estado en la escena del crimen. Su misión había sido recogerla en el aeropuerto para que no tardara ni un segundo más de lo necesario en llegar a Cumbres Verdes.

Con la poca información disponible, Barea intentó ordenar sus pensamientos. Una escena del crimen bien montada, mariposas y un hombre sujeto a la pared. Había aprendido a lo largo de su carrera —desde que era joven, pues estaba cerca de los cuarenta— que una escena montada siempre iba vinculada a un asesino complejo. Nadie asesinaba y colocaba a la víctima para crear una imagen elaborada si no tenía detrás una mente tortuosa. De hecho, era preocupante que hubiera preparado una escena con elementos como

mariposas. ¿Qué podía esconderse detrás de aquellos hechos? Aún peor, ¿quién?

El resto del trayecto hasta Granada, Barea intentó que Álamo recordara algún detalle más, pero parecía que Curro no había contado demasiado. Intentó llamarlo en varias ocasiones sin obtener respuesta. Debía estar desplegado en la escena del crimen, siguiendo a la científica y dando órdenes al equipo. Al menos lo haría hasta que ella llegara.

Divisó Cumbres Verdes en la lejanía y empezó a removerse, nerviosa. Se abrochó bien los botones del polo que llevaba; no quería dejar su cicatriz a la vista. Abrió el paquete de anacardos crudos que Álamo le había dejado en el regazo y empezó a comer de manera compulsiva. No solo tenía hambre. Necesitaba respuestas. El viaje desde Málaga se le había hecho eterno.

Cumbres Verdes estaba en altura con respecto a La Zubia. Una carretera bordeada de pinos y maleza conducía hasta la pedanía. El calor a esa hora era sofocante, así que el entorno lucía muy diferente a como lo recordaba Barea, que solía visitar la zona en invierno. Álamo aceleró, siguiendo las indicaciones de su teléfono. Se adentraron en el barrio a toda velocidad y tomaron varias callejuelas hasta llegar a una zona despoblada. Barea se dio cuenta de que aquello había ocurrido en un lugar donde no pudiera haber testigos. Como siempre, el caso iba a ser difícil.

Llegaron al final de un camino y vieron una vivienda unifamiliar pintada de amarillo. La verja que daba acceso al jardín estaba abierta de par en par, así que se adentraron con el coche y aparcaron frente a la puerta. Barea dejó a un lado el paquete de anacardos y se bajó a toda prisa. Al alzar la mirada, no se encontró con la imagen nítida de la vivienda, sino con

la cara de Curro López, surcada por algunas arrugas y enmarcada por sus gafas de pasta.

—Ya era hora, coño. Parecía que en vez de en Ceuta estuvieras en el Congo. Prepárate para lo que vas a ver. Es muy jodido, Barea. Nada que ver con todo lo que has hecho hasta ahora.